



SELEUCO, EL ELEFANTE

—¿Lo han estrangulado?

—Sí, señor. Vi el cadáver.

Seleuco se llevó la mano al cuello instintivamente, y torció el gesto mientras asimilaba la noticia que le traía el espía.

—Cómo hemos podido llegar a esto... Los generales de Alejandro ejecutándose unos a otros como vulgares ladrones o asesinos.

—Se frotó la nuca, ancha y poderosa, y negó lentamente con la cabeza. El espía guardó silencio. *Ninguno de nosotros merece una muerte así, lenta y agónica... Ni siquiera ese pequeño griego astuto de Eumenes.*

Se acercó a la ventana de su aposento en el primer piso del palacio de Artajerjes, un pabellón real de caza situado en la orilla occidental del río Cheaspes, y contempló las líneas de asedio extendidas ante la ciudad de Susa, al otro lado del río. Más allá se alzaban los montes Zagros, cubiertos de bosques verdes y coronados por cumbres blancas de nieve. Con su aire fresco y su abundante caza, Susa había sido siempre una de las residencias predilectas de los antiguos reyes aqueménidas. Y, como tal, albergaba un tesoro real repleto de riquezas de Oriente. Era precisamente por esa fortuna por lo que el tuerto de Antígono le había confiado su asedio seis meses antes... con medios ridículamente escasos. Altas eran sus murallas, sólidas sus torres y feroz su defensa bajo el mando de Xenófilo, comandante de la guarnición y guardián del tesoro real. *Maldigo a ese viejo cíclope por dejarme aquí para tomar una ciudad con dos mil hombres, que sabe perfectamente que no son suficientes. ¿Pero qué puedo hacer? Con la ejecución de Eumenes, Antígono acaba de lanzar un mensaje muy claro a todo el que piense en enfrentarse a él. ¿Cómo voy a conservar Babilonia después de esto?*

Ese era el problema de Seleuco: el hombre cuya ambición lo empujaba a apoderarse del imperio que Alejandro había legado «Al más

fuerte» —sin haberse molestado en precisar a quién se refería— lo había colocado deliberadamente en una situación imposible.

Tras la muerte del Grande, sus antiguos guardias personales y los principales generales se habían enfrentado de inmediato por el poder, por quién debía mandar y quién debía ejercer la regencia en nombre del hijo que Roxana aún llevaba en el vientre. La situación se complicó todavía más cuando una facción del ejército exigió que Filipo, el hermanastro de Alejandro —un hombre de entendimiento limitado—, fuese proclamado rey junto al futuro niño. Y se agravó cuando Roxana dio a luz a un hijo al que le puso el nombre de su padre. Pérdicas, el más destacado de los guardias personales de Alejandro y a quien este había entregado el Gran Anillo de Macedonia al pronunciar aquellas fatídicas palabras, trató de imponerse como regente. No lo consiguió. Dos años después estaba muerto. De hecho, el propio Seleuco había sido uno de los tres hombres que empuñaron el puñal asesino.

Fue entonces cuando Eumenes —antiguo secretario de Alejandro, un griego entre macedonios— se erigió en defensor de la casa real argéada. Lo hizo por lealtad hacia Alejandro y hacia su padre, Filipo, quienes lo habían elevado desde la nada. El astuto griego se enfrentó a Antípatro, el regente de Macedonia, que con ochenta años pretendía hacerse con el poder tras la muerte de Pérdicas. Pero en el curso de aquella guerra cayó Crátero, el favorito del ejército y el más importante general vivo de Macedonia. Eumenes fue considerado responsable. La asamblea del ejército lo declaró proscrito y lo condenó a muerte.

En una conferencia celebrada en los Tres Paraísos —un parque real de caza en las colinas sobre Berito, en Fenicia— Antípatro propuso un acuerdo distribuyendo mandos militares y satrapías. Entre ellas estaba Babilonia, que fue entregada a Seleuco. Pero aquel arreglo no podía durar. Dejaba sin resolver la cuestión fundamental: si el imperio dependía de Macedonia o si Macedonia era solo una parte más de este. Además, el sátrapa de Egipto, Ptolomeo —a quien muchos consideraban hijo bastardo de Filipo y, por tanto, hermanastro de Alejandro—, ni siquiera acudió a la reunión. Con ese gesto dejaba claro que se consideraba independiente. El imperio ya empezaba a resquebrajarse.

Antípatro murió poco después, consumido por el dolor tras la muerte de su hijo Yolas, caído en una escaramuza contra Eumenes.

Y con la desaparición de Antípatro, Antígono quedó libre para reclamar el imperio. Seleuco había apoyado su causa —aunque de mala gana—, pues no podía soportar la idea de ponerse bajo las órdenes de un griego. Eumenes, sin embargo, resistió hasta el final en nombre de los reyes: primero de ambos y luego del joven Alejandro, cuando Olimpia hizo asesinar al inútil de Filipo. Ahora Eumenes estaba muerto, derrotado en batalla y ejecutado por Antígono, el sátrapa de Frigia a quien Alejandro había dejado atrás para terminar la conquista de Anatolia a la vez que él marchaba hacia el sur y luego hacia el este. Aquel hombre, casi olvidado por todos mientras Alejandro conducía a su ejército hacia la gloria en Egipto, Persia, Media, Bactria e incluso la India, antes de morir en Babilonia tras diez años de conquistas, se había convertido en la fuerza dominante dentro del convulso imperio. Había ayudado al hijo mayor de Antípatro, Casandro, con sus hombres, sus barcos y su oro a establecerse como gobernante de Macedonia. Después persiguió a Eumenes hacia el este, donde el destino de la guerra se decidió en las batallas de Paraitacene y Gabiene. Seleuco había estado técnicamente en el bando vencedor..., pero aquello no le hacía sentirse tranquilo. Tenía Babilonia y quería conservarla. Sin embargo, sospechaba que Antígono acabaría arrebatándosela... y utilizaría su fracaso en Susa como pretexto. Y sin ejército propio, Seleuco no podría impedirlo.

Se volvió hacia el espía, al que, pese a no ser bajo, le sacaba una cabeza.

—¿Dónde está ahora Antígono?

—Su ejército está en Aspadana, en Paraitacene. Regresó a Media para vaciar el tesoro de Ecbatana...

—¿Ha dejado a Peitón como sátrapa de Media?

—Sí.

—Entonces ha hecho bien en llevarse el dinero. Así evita que Peitón vuelva a intentar rebelarse.

—Sí. Y ahora que el tesoro está a salvo, Antígono no tardará en marchar hacia el sur desde Aspadana con un ejército de sesenta mil hombres, ya que ha incorporado a la mayoría de los soldados de Eumenes. En menos de un mes debería llegar a Persépolis. —El hombre, de unos treinta y tantos años, sucio y sin afeitar tras semanas de camino, tomó aire antes de continuar—: También mandó ejecutar a Eudamo. Quemaron su cuerpo en una fosa... y luego arrojaron dentro a Antígenes... aún vivo.

Seleuco lo miró con horror.

—¿Vivo?

—Sí, señor. Yo mismo lo vi. No fue una muerte fácil.

—Desde luego que no. ¿Y Teutamo? ¿Qué ha sido del comandante de los Escudos de Plata?

—Fue quien negoció el trato: entregar a Eumenes a cambio del bagaje de los Escudos de Plata, que se había perdido en la batalla.

—Así que Teutamo salvó el pellejo vendiendo a su camarada...

—Eso parece. Ahora manda la falange de Antígono junto con Pitán, otro de los oficiales de Eumenes que participó en la traición.

Esto no era sorprendente. Al final, los macedonios siempre terminaban volviéndose contra el griego.

—¿Cómo mató Antígono a Eudamo?

—Lo decapitó.

—Al menos a uno de sus homólogos sátrapas le concedió una muerte rápida. Pero quemar vivo a Antígenes, al hombre que Alejandro puso al frente de los Escudos de Plata..., eso no tiene perdón.

Está claro que Antígono no es un hombre inclinado al perdón. Y yo cometí un error táctico al acusarlo de actuar sin honor.

Ahí estaba el fondo del problema. Seleuco se había atrevido a criticar la maniobra con la que Antígono había intentado engañar a Eumenes, arrinconándolo para destruir su ejército. Eumenes no había caído en la trampa, pero, por aquel atrevimiento, Seleuco había sido enviado de vuelta a Susa poco menos que para hacer el ridículo.

Sacó una bolsa bien llena y se la entregó al espía, despidiéndolo con un gesto breve. Cuando el hombre salió, se volvió hacia la única persona que quedaba en la estancia, sentada en penumbra al fondo, reclinada en un amplio diván entre cojines.

—Bien, Apama. ¿Qué hacemos?

Su esposa, que había llegado desde Babilonia aprovechando la apertura de los caminos tras el invierno, dio unos golpecitos en el cojín a su lado.

—Ven. Siéntate conmigo. Esto requiere pensarlo todo con calma.

Con el cuerpo exhausto pero la mente despejada, Seleuco y Apama, acurrucados el uno contra el otro y aún cubiertos de sudor, no abordaron el problema hasta pasado un buen rato.

—Si Antígono llega a Persépolis dentro de un mes, podría estar aquí poco después del equinoccio de primavera —dijo Apama, dibujando círculos distraídos sobre el pecho de su marido, ancho y firme, digno de una estatua de Heracles—. Si no me equivoco y he entendido bien la situación militar, no hay forma de que Susa pueda haber caído para entonces.

—Al contrario. Para entonces será más fuerte.

Apama alzó la vista.

—¿Por qué?

Seleuco entrecerró los ojos y dejó asomar una leve sonrisa.

—Porque habrá llegado la primavera. Antígono no me dejó caballería, y eso que le pedí quinientos jinetes, sin ellos no puedo patrullar los alrededores ni interceptar las partidas de aprovisionamiento que Jenófilo envía por la noche. Mis dos mil hombres no pueden cubrir todo el perímetro. Cuanto más abunden los víveres, más se fortalecerá la ciudad. Jenófilo tiene, como mínimo, tantos hombres como yo, por lo que asaltar las murallas no es una opción. Y aunque lo consiguiera, se replegaría al recinto fortificado del tesoro, en la acrópolis. En ese lugar podría resistir más de un año.

—¿Y si utilizamos minas?

—Los cimientos son demasiado profundos. Hemos excavado galerías y prendido fuego a los puntales, pero apenas ha servido de nada. Ni siquiera intentando derribar los muros con grandes piedras logramos debilitarlos.

—¿Algo que se te ocurra?

Seleuco dejó escapar una breve risa.

—No creo que vayan a caer en el truco del caballo de Troya.

La atrajo hacia sí, rodeándole la cabeza con su gran mano, y aspiró el aroma de su cabello negro, algo que le encantaba hacer desde que lo había experimentado la primera vez.

Apama, hija del noble sogdiano Espitámenes, había sido una de las mujeres de Asia con las que Alejandro obligó a casarse a sus oficiales en Susa, casi ocho años atrás, en su intento de unir Oriente y Occidente. A diferencia de sus compañeros, Seleuco no había repudiado a Apama tras la muerte del Grande. Ni podía ni quería hacerlo. Amaba a su bella esposa de piel aceitunada con una intensidad que iba más allá del deseo. Y ahora, con un segundo hijo varón recién nacido —Arqueo, hermano del pequeño Antíoco y de su hija Apama—, la ne-

cesidad de proteger a su familia se había vuelto aún más urgente. Necesitaba encontrar una salida.

—¿Y si intentamos sobornarlo? —preguntó ella.

Seleuco salió de su ensimismamiento.

—Lo he intentado. Pero Jenófilo tiene más de veinticinco mil talentos en oro, plata y joyas. Prometió a sus hombres que Eumenes los recompensaría cuando viniera a reclamar el tesoro.

—Pero Eumenes ya no va a venir.

—No. Pero Jenófilo hará a sus hombres la misma promesa para cuando llegue Antígono. —Seleuco se giró y quedó tendido boca arriba, con un brazo bajo la cabeza.

Apama volvió a acariciarle el pecho, arrimándose más.

—¿Cree que Antígono recompensará al hombre que le negó el acceso al mayor tesoro de Oriente?

Seleuco guardó silencio un instante.

—Precisamente eso es lo que me pregunto. Yo estaba allí cuando le exigió a Jenófilo que abriera las puertas. Cuando se negó, Antígono le gritó que acababa de firmar su sentencia de muerte.

Apama esbozó una leve sonrisa.

—Entonces la muerte de Eumenes podría haberos puesto a ti y a Jenófilo en el mismo bando...

—¿Porque ambos queremos protegernos de Antígono?

—Exacto. ¿Y cuál es la mejor forma de hacerlo?

Seleuco lo pensó un momento.

—Darle algo que desea... y desviar su atención hacia otro lado.

—Deberías hablar con Jenófilo.

Seleuco asintió despacio.

—Sí. Eso haré.

No sin cierta aprensión, Seleuco entró en la ciudad sitiada para parlamentar. La guardia armada que lo acompañaba, apenas ocho hombres, era solo algo simbólico, porque podrían reducirlos fácilmente si Jenófilo albergaba intenciones traicioneras. Este, como era de esperar, se había negado a salir de la ciudad. Y Seleuco tampoco estaba dispuesto a exponer a gritos desde el pie de las murallas ante medio mundo la delicada propuesta que deseaba plantear a su adversario: una propuesta que perdería todo su valor si llegaba a oídos de Antígono.

La escolta que condujo a Seleuco y a sus hombres por las estrechas calles cuesta arriba hacia la acrópolis llamó enseguida su atención. Aquellos soldados iban bien vestidos, se los notaba bien alimentados y presentaban un aspecto pulcro. No parecían hombres que llevaran siete meses soportando un asedio. De hecho, la propia ciudad daba la impresión de no estar sufriendo privación alguna. Las contraventanas de madera —una de las primeras cosas que suelen desaparecer cuando escasea el combustible— seguían en su sitio, la población no mostraba señales de hambre y, al doblar una esquina, Seleuco vio un par de perros correteando por una callejuela. Incluso distinguió varios gatos dormitando al sol, sin la menor preocupación por acabar la jornada dentro de una olla. *Jamás conseguiremos rendirlos por hambre, y Jenófilo lo sabe perfectamente. Está convencido de que cuenta con una posición ventajosa. Será mejor que me reserve por ahora la noticia de la muerte de Eumenes. Dejaré que disfrute de su seguridad antes de devolverlo a la realidad.*

Con esa estrategia en mente, Seleuco fue conducido a la sala de audiencias del palacio de Darío, en la acrópolis. La estancia imponía por sus dimensiones. Sus altos ventanales dejaban entrar haces de luz en los que flotaba el polvo que se reflejaban en los azulejos vidriados de intensos tonos azules, amarillos y verdes que revestían tanto las paredes como el suelo. El eco de los pasos de la comitiva resonó en la inmensa sala mientras avanzaban hacia el único hombre que los esperaba en el centro de aquella vasta cámara.

—No debes temer por tu seguridad, Seleuco —dijo Jenófilo al recibirlo—. Si has estado dispuesto a venir hasta aquí en estas circunstancias, solo puedo concluir que lo que tienes que decir merece ser escuchado sin necesidad de amenazas ni violencia. Siéntate, por favor. —Señaló dos sillas colocadas a ambos lados de una mesa redonda sobre la que habían dispuesto vino y unos pasteles.

No me queda más remedio que confiar en él.

Seleuco se volvió hacia el jefe de su escolta.

—Esperad fuera.

Seleuco tomó asiento mientras sus hombres abandonaban la sala. Un esclavo llenó de vino aguado las dos copas dispuestas sobre la mesa y se retiró sin esperar instrucciones.

—Bien —dijo Jenófilo con una sonrisa—. Por fin solos.

—¿Temes oídos indiscretos? —preguntó Seleuco.

—Habla en voz baja, aunque creo que puedo fiarme de mis

hombres. Al fin y al cabo, nosotros estamos dentro de las murallas y tú sigues al otro lado. Hasta ahora nadie ha considerado oportuno abrirte las puertas.

—Buena observación.

—Y, como habrás podido comprobar, aquí todos gozamos de buena salud. Hice que tu guía diera un pequeño rodeo para que pudieras hacerte una idea de cómo están las cosas en la ciudad.

Jenófilo, un hombre que se acercaba a la cincuentena, ya algo calvo y notablemente más corpulento que cuando Alejandro lo nombró comandante de la guarnición y custodio del tesoro real una década atrás, alzó su copa con una sonrisa de autosatisfacción.

—A tu salud, Seleuco.

Disfruta de tu triunfo mientras dure.

Seleuco correspondió al brindis. El vino era excelente.

—Sí, aquí dentro no nos falta casi de nada —continuó Jenófilo, adivinando la impresión de su invitado—. Y ahora, dime: ¿qué crees que puedes tener que contarme que vaya a convencerme de abandonar una posición tan cómoda?

—No soy yo quien debe convencerte de salir. Eres tú quien debe decidir si te conviene hacerlo.

—Estoy de acuerdo. Pero solo me convendría si con ello pudiera salvar la vida. Y, por el momento, no veo amenaza alguna. Desde luego, no por tu parte, Seleuco. Sin ánimo de ofender.

Seleuco volvió a levantar la copa.

—No me ofendes. Nunca tuve intención de ser una amenaza para ti. Antígono se encargó de impedirlo cuando se llevó a la mayor parte de mis hombres al marchar hacia el norte. Mi misión consistía únicamente en mantenerte encerrado aquí y cargar con la culpa cuando él regresara.

—¿Y si no regresa? ¿Y si quien vuelve es Eumenes?

—Eso sería una hazaña extraordinaria. Una que ningún mortal ha logrado jamás.

Jenófilo meditó unos instantes sus palabras.

—¿Estás diciendo que la guerra ya se ha decidido a favor de Antígono?

—Antígono mandó estrangular a Eumenes hace más de un mes.

—¿Lo ha estrangulado?

—Sí. No tuvo que ser una muerte agradable.

Jenófilo se llevó una mano al cuello e hizo una mueca.

—Desde luego que no.

—Y también quemó vivo a Antígenes.

Los ojos de Jenófilo se abrieron de par en par. Tragó saliva de forma audible.

Seleuco hizo girar lentamente la copa entre las manos.

—Yo reaccioné más o menos así cuando me dieron la noticia.

—¿Estás seguro de que es cierto?

—Pago muy bien a mis espías. No tienen motivo para mentirme.

—Pero tú sí tienes motivos para mentirme a mí.

—¿Eso crees?

Seleuco tomó un sorbo de vino, dejó la copa sobre la mesa y se recostó en la silla. Cruzó las manos sobre el vientre y entrelazó los dedos.

—Ponte en mi lugar, Jenófilo. Si Eumenes siguiera vivo y hubiera vencido, tomar Susa no me serviría de nada. No podría escapar de los hombres que enviaría para capturarme ni podría llevarme una parte sustancial del tesoro. El resultado sería que perdería Babilonia y, con toda probabilidad, la vida. Así que podría quedarme donde estoy. Pero entonces Eumenes me sitiaría, y entonces yo no sería más que un hombre inmensamente rico atrapado dentro de una ciudad, esperando a que tarde o temprano me asesinaran.

Jenófilo asintió despacio, frunciendo los labios mientras reflexionaba.

—Sí, parece un análisis razonable de la situación. Y en todos esos casos yo sobrevivo y, además, obtengo una generosa recompensa.

—Exacto. Ahora consideremos la otra posibilidad: que estoy diciendo la verdad y Eumenes haya sido ejecutado.

—Te escucho.

—En primer lugar, y yo estaba presente cuando lo dijo, Antígono te advirtió que, al negarte a entregar la ciudad, acababas de firmar tu propia sentencia de muerte.

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Y no veo motivo alguno para pensar que haya cambiado de opinión. Si regresara y te encontrara todavía al mando de la ciudad y del tesoro, ¿crees que te perdonaría la vida?

—No.

—Entonces huirías. Pero, igual que me ocurriría a mí, no podrías llevarte una parte significativa del tesoro y escapar de quienes te persiguieran. Yo iría a atraparte: entregarle a Antígono a un fugitivo po-

dría salvarme la vida, y él tomaría Babilonia. Así que, quizá, optarías por viajar ligero, es decir, sin llevarte nada del tesoro, y tratarías de alcanzar la costa para ponerte bajo la protección de Ptolomeo antes de que yo te diera alcance. ¿Pero quién eres tú para Ptolomeo? ¿Qué utilidad tendría un hombre sin dinero ni poder? Acabarías desapareciendo en tu irrelevancia. Y yo seguiría perdiendo Babilonia y, probablemente, también la cabeza por haberte dejado escapar. A menos que decidiera huir yo también y abandonar Babilonia para salvar el pellejo.

Se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Has oído hasta ahora algún desenlace que merezca la pena?

—No puedo decir que sí.

—Yo tampoco.

Jenófilo sonrió.

—Entonces dime que existe alguno. Supongo que para eso has venido.

Seleuco apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos frente a los labios.

—Le entregamos el dinero antes de que venga a buscarlo. Y eres tú quien se lo lleva.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Y no me matarás igualmente?

—No, si antes has contribuido a descubrir una conspiración contra él.

La sonrisa de Jenófilo reapareció.

—¿Y se supone que lo habré hecho?

—Los dos lo habremos hecho.

—¿Y a quién vamos a denunciar?

—A Peitón.

La sonrisa de Jenófilo se ensanchó.

—Difícil encontrar a alguien que se lo merezca más. Después de todo, fue él quien provocó la guerra en Oriente al destituir al sátrapa de Partia y reemplazarlo por su propio hermano. Consiguió que todos los demás sátrapas se unieran contra él y acabaran derrotándolo.

—Lo que atrajo a Eumenes hacia el este, dispuesto a unirse a la coalición una vez que Antígono le arrebató la flota.

—Y le impidió llevar su ejército a Europa para apoyar a Olimpia

contra Casandro, mientras la atención de Antígono estaba en Occidente. Una lástima, la verdad. Nos habríamos ahorrado muchos problemas si Peitón no hubiera logrado poner a todo Oriente en su contra.

—Y Antígono no tendrá dificultades para creerse nuestra historia. No olvidemos que Peitón ya intentó reclutar para su ejército a los veinticinco mil mercenarios griegos que abandonaron sus puestos en Oriente tras la muerte de Alejandro y trataban de regresar a la costa.

—Sí, lo recuerdo.

—Si Pérdicas no me hubiera enviado para recordar a las tropas macedonias cuáles eran sus obligaciones y asegurarse de que aquellos desertores fueran exterminados hasta el último hombre, Peitón habría reunido una fuerza suficiente para rebelarse. Estoy seguro de que Antígono no ha olvidado aquel episodio.

—Entonces, ¿qué diremos que ha hecho esta vez?

—Nada que, probablemente, no esté haciendo ya. Ahora que Antígono ha abandonado Media y marcha hacia Persia, ha dejado a Peitón a solas con sus propias ambiciones. Apostaría a que ya está tanteando el terreno para promover una nueva rebelión en Oriente cuando Antígono regrese al oeste.

—¿Y cómo vamos a demostrarlo?

Seleuco sonrió.

—Para rebelarse necesita dinero. Y Antígono tuvo la precaución de vaciar el tesoro de Ecbatana.

Jenófilo soltó una carcajada.

—En ese caso, tendría que recurrir a mí.

—Y estará convencido de que conseguirá su propósito, puesto que también oyó a Antígono decir que acababas de firmar tu propia sentencia de muerte.

—¿Con una carta falsa?

—Dos, en realidad. Una dirigida a ti, solicitándote el tesoro de Susa a cambio de nombrarlo sátrapa de Susiana una vez asegurado Oriente, y otra para mí, ofreciéndome tropas para tomar la ciudad y repartirnos el tesoro antes de que llegue Antígono.

—¡Vaya! Una jugada magistral: presentar a Peitón como un traidor incluso dentro de su propia traición.

—Exacto. Y creo que a Antígono no le costará mucho darla por buena. Nadie ha acusado jamás a Peitón de ser especialmente sutil...

ni especialmente inteligente, ya puestos. Enviaré un mensajero rápido para interceptar a Antígono antes de que llegue a Persépolis y ponerlo al corriente de tan lamentables noticias.

—¿Y qué hago yo?

—Te cederé la mitad de mis hombres. Mil soldados que se sumarán a los dos mil de tu guarnición para escoltarte hacia el sur con el contenido íntegro del tesoro..., salvo unas pocas piezas para sufragar gastos, naturalmente.

—Naturalmente.

—Tres mil hombres bastarán para demostrar que tu intención es proteger el tesoro y entregárselo, no intentar arrebatárselo.

—Espero que así sea. ¿Y qué harás tú?

—Dejaré quinientos hombres aquí como guarnición y regresaré a Babilonia con los otros quinientos. Después confiaré en que entregarle a Antígono a Peitón y el tesoro de Susa baste para conservar mi cargo cuando llegue allí. No olvidemos que ya acogió a Teutamo y a Pitán en su estado mayor porque entregaron a Eumenes. Esperemos que Antígono se muestre igual de agradecido con nosotros.



ANTÍGONO, EL TUERTO

—¡Mis cojones! ¡Mis cojones peludos! Ese hombre es imbécil.

Antígono llevaba horas de un humor de perros. Prácticamente desde que había despachado de una patada al mensajero que le había traído el mensaje de Seleuco y lo había sacado de su tienda rodando hasta que el hombre cayó de bruces en el barro.

—Padre, ya sabías que lo era. ¿A qué viene tanto asombro?

Demetrio, que acababa de cumplir veintiún años, hizo lo posible por contener la risa. Su rostro, dominado por una nariz tan notable como armoniosa, resultaba bastante más agraciado que el de su padre, curtido, barbudo y castigado por los años de campaña. El joven se echó hacia atrás sus espesos rizos negros con una mano.

—Peitón nunca ha destacado por sus valores intelectuales. No me digas que has descubierto hoy que es un necio.

Tiene razón el cachorro. ¿Por qué demonios me sorprende que Peitón intente rebelarse? ¿Y que además lo haga de la forma más torpe posible? Nunca debí dejarlo al mando.

Antígono se limpió el lagrimón rojizo que rezumaba de la cuenca vacía de su ojo izquierdo y fulminó a su hijo con el derecho.

—Precisamente vacié el tesoro de Ecbatana para evitar que se levantara contra mí. Él o cualquier otro al que hubiese puesto al frente de Media, para el caso. ¿Y qué hace el muy idiota? Intenta echar mano del tesoro de Susa. ¡Mis cojones!

Demetrio siguió sin compartir la indignación de su padre.

—Para alguien con tan poco seso como Peitón, debía de parecerle una idea brillante. Te oyó decirle a Jenófilo que había firmado su sentencia de muerte cuando te cerró las puertas de Susa. Peitón debió de suponer que, si quería salvar el pellejo, Jenófilo acabaría poniéndose de su lado.

—¡Y en vez de eso acude a Seleuco para ponerme sobre aviso! Y resulta que también había tratado de atraerlo a su bando. Es que hay que ser imbécil.

—Padre, llevamos un rato de acuerdo en que lo es. ¿Qué te parece si damos el asunto por resuelto y empezamos a decidir qué hacemos con el imbécil?

—¿Te estás quedando conmigo?

Demetrio inspiró despacio.

—No. Lo que digo es que ya hemos lanzado suficientes gritos y maldiciones. Quizá sea hora de pasar a la parte de pensar.

—Ah, claro. Ahora que has vuelto a ser padre, resulta que eres la única persona sensata de esta tienda y yo no soy más que un viejo gruñón al que hay que tratar con delicadeza. ¿Es eso?

—No, padre. Que Fila haya dado a luz a la pequeña Estratónice no tiene nada que ver con esto. Además, tú eres abuelo desde hace casi tres años, desde que nació el pequeño Antígono; ya deberías haberte acostumbrado a la idea. ¿Qué vamos a hacer con Peitón?

—Ejecutarlo, por supuesto.

—Bien. Ya empezamos a avanzar. La cuestión es cómo. ¿Mandamos asesinos? Aunque me temo que Arquias, el cazador de exiliados, está demasiado lejos para encargarse del asunto con la rapidez necesaria, y no se me ocurre nadie más fiable para una misión así. ¿O lo hacemos venir con algún pretexto?

Antígono dejó de pasearse por la tienda y se rascó con energía la barba salpicada de canas.

—Necesito beber. —Se sirvió una generosa copa de vino resinado y se la bebió de un trago—. Lo hacemos venir. Con un asesinato pueden salir mal demasiadas cosas, incluso si lo organiza alguien tan experimentado como Arquias. Además, la última noticia que tuve de él era que estaba con Ptolomeo. No. Estamos a quince días de Persépolis. Lo convocaremos allí. Si enviamos ahora mismo a un mensajero a Ecbatana, Peitón podría llegar a Persépolis prácticamente al mismo tiempo que nosotros.

—¿Y qué motivo tendría para acudir?

—No sospechará que Seleuco o Jenófilo lo han traicionado. Estará convencido de que ambos tienen más que ganar con él que conmigo.

Demetrio frunció el ceño.

—Un momento, padre. En realidad es así. Tú has prometido

matar a Jenófilo y has dejado a Seleuco haciendo el ridículo ante las puertas de Susa. Si Peitón le ofrece tropas para tomar la ciudad, le estaría haciendo un favor. ¿Por qué iban a acudir precisamente a ti con esa información?

Antígono no vaciló ni un instante.

—Porque saben que, a la larga, el poder lo tendré yo. Seleuco quiere conservar Babilonia y Jenófilo quiere conservar la cabeza. ¡Ja, ja, ja!

—Si yo fuera tú, perdonaría a Jenófilo.

—¿Perdonarlo?

—Sí. Y lo dejaría en su puesto. —Demetrio alzó ambas manos al percibir los primeros indicios de que Antígono estaba a punto de explotar—. Escúchame, padre. Te negó la entrada en Susa, sí, pero cumplía órdenes de Eumenes, que era el comandante de Oriente nombrado por el entonces regente, Poliperconte. Si Jenófilo hubiera abierto las puertas, yo diría que habría reunido motivos para que lo ejecutaran. Pero precisamente porque no lo hizo, no se me ocurre nadie mejor para custodiar el tesoro de Susa en nuestro nombre.

Antígono se sirvió otra copa de vino y se la bebió de un trago de nuevo.

—Tienes razón, maldita sea. Eres un cachorro engreído. —Dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco—. Jenófilo me ha entregado a Peitón y, además, viene de camino a Persépolis con el tesoro. Dice que es una medida de precaución, por si a Peitón se le ocurre atacar Susa cuando descubra que no va a secundar sus planes. Debo recompensarlo de una forma que también me beneficie a mí.

—Parece que el vino está haciendo efecto, padre.

Antígono gruñó y volvió a llenarse la copa.

—En cuanto a Peitón, le ordenaré que se reúna conmigo en Persépolis. Le dejaré entrever que está a punto de conseguir exactamente lo que desea sin necesidad de rebelarse: le haré creer que pienso nombrarlo comandante de Oriente y darle libertad para actuar con plena autoridad cuando yo regrese al oeste. No podrá resistirse.

Demetrio sonrió.

—No, padre. No podrá. Me parece que el viaje a Persépolis será el último que haga.

—Salvo el que lo lleve ante el Barquero.

—Sí, claro. Siempre queda el Barquero.

Tras diecisiete días de marcha, a los pies de las montañas de Zagros, Antígono contempló las murallas de Persépolis con un ánimo muy distinto. Resplandecían bajo el sol de la primavera, cada vez más cálido, rodeando la capital de Persia, levantada sobre una inmensa plataforma artificial que la nivelaba a pesar del terreno accidentado de la zona. Aunque Alejandro había incendiado parte de la ciudad durante uno de sus célebres excesos étlicos, espoleado por Tais, la amante de Ptolomeo, seguía siendo la sede del sátrapa de Persia, Peucestas. Ansioso por llegar, pues allí pensaba culminar la reorganización de Oriente y quedar libre para regresar al oeste, donde tendría que ocuparse primero de Seleuco y después de Ptolomeo, Antígono dejó al ejército bajo el mando de Teutamo y Pitán para que cubriera las últimas leguas a pie y se adelantó acompañado de su hijo y una escolta de cincuenta jinetes de la caballería de los Compañeros armados con lanza.

Nadie les salió al paso cuando cruzaron al trote la puerta oriental. Más bien ocurrió lo contrario. Los esperaba una guardia de honor y una multitud de ciudadanos engalanados con sus mejores vestiduras, que los recibieron con vítores y una lluvia de flores.

—Está claro que Peucestas tiene muchas ganas de congraciarse conmigo —comentó Antígono a Demetrio mientras avanzaban por la amplia avenida que conducía al *Tachara*, el palacio de invierno de Darío I, uno de los pocos edificios que habían escapado por completo al incendio de Alejandro. Decenas de niños correteaban delante de ellos mientras sus padres los llamaban desde los lados de la calle. En aquel ambiente casi festivo, Antígono llegó a los jardines que se extendían frente al palacio. Eran amplios y exuberantes, con extensiones de césped salpicadas de fuentes. Senderos bordeados de espesos arbustos los atravesaban en todas direcciones, y sobre el lugar parecía flotar una sensación de serena tranquilidad.

—Empiezo a entender por qué Peucestas está tan empeñado en quedarse aquí —observó Demetrio mientras desmontaban y cruzaban la puerta, custodiada por dos macedonios firmes como estatuas.

Antígono nunca había sido hombre de apreciar la belleza. Gruñó y echó a andar hacia el edificio de vivos colores que se alzaba sobre aquel despliegue de belleza natural. A ambos lados del palacio, unas escalinatas conducían a una terraza sostenida por un muro decorado con figuras de tamaño natural de los Portadores de Manzanas, los

guardias de los antiguos Grandes Reyes, tocados con sus características tiaras y pintados con colores brillantes. Todo el conjunto parecía una explosión de color artificial. Por detrás de la terraza unas altas columnas soportaban una techumbre que protegía la piel del rey tanto del sol como de la lluvia. A ambos lados se extendían las estancias palaciegas, cuyas paredes, revestidas de intrincados mosaicos de azulejos multicolores, mostraban escenas de caza, victorias militares y complejos motivos ornamentales. Flanqueando el edificio se alzaban dos enormes toros cornudos sobre pedestales de mármol tallado, mientras que, sobre el tejado, dos leones de piedra dominaban cada una de las escalinatas, rugiendo eternamente a quienes se aproximaban.

Y allí, sobre la terraza, esperaba Peucestas. Lucía unos pantalones y una larga túnica propios de un noble persa y permanecía erguido, rígido como una lanza, porque sobre la cabeza llevaba una alta tiara tan aparatosa como, seguramente, incómoda. Su guardia personal, hipaspistas macedonios, formaban en las escalinatas. Con sus cascos de bronce, corazas, escudos y capas rojas, eran el único elemento occidental en aquel paisaje oriental.

—Si cree que va a impresionarme disfrazándose de bárbaro, se va a llevar una decepción de las buenas —masculló Antígono, acelerando el paso—. A juzgar por lo tieso que está, debe de llevar toda la mañana poniendo el culo para ganarse favores. Bonitas costumbres ha adoptado en Oriente. Y la traición ni siquiera es la peor de ellas.

—La satrapía de Persia da la bienvenida a Antígono, señor de Oriente, y lo invita a un banquete en su honor —proclamó Peucestas, abriendo los brazos hacia Antígono mientras este avanzaba con dificultad por el sendero de grava—. Y yo, como sátrapa de Persia, recientemente confirmado en mi cargo por el señor de Oriente, también le doy la bienvenida y lo proclamo oso de Macedonia.

El oso de Macedonia, mis cojones. Ya te voy a dar yo oso de Macedonia.

—Déjate de toda esta comedia oriental, Peucestas —gruñó Antígono al llegar al pie de la escalinata—. Se supone que eres macedonio, no un persa calentacamas. Así que procura hablar y comportarte como tal. —Subió los escalones y lanzó una mirada a los soldados—. ¿Y vosotros qué opináis de toda esta parafernalia oriental? ¿No os da la risa? ¿O también habéis acabado aficionándoos a los pantalones, a que os den por culo y a los sorbetes?

Los hombres mantuvieron la vista fija al frente y guardaron sus pensamientos para sí mientras Demetrio subía tras su padre.

Peucestas se volvió hacia Antígono cuando este alcanzó la terraza. Bajo la barba teñida de henna, apretadamente rizada y tan larga que le llegaba al pecho, asomaba una sonrisa. Sin embargo, la inquietud afloró en sus ojos al ver que su invitado no aminoraba el paso.

Antígono alargó la mano, pero no para estrechar la de su anfitrión: lanzó un rápido manotazo a Peucestas que le arrancó la tiara de la cabeza.

—¿Desde cuándo llevan los macedonios semejantes adornos?

Peucestas se quedó petrificado. Parpadeó varias veces, boquiabierto, incapaz de reaccionar mientras la tiara seguía resbalando sobre los azulejos y terminaba chocando contra una columna.

—Yo solo quería darte la bienvenida —balbució al fin—. Quería halagarte.

—¿Vestido así? —Antígono tiró de una de las amplias mangas de la túnica de Peucestas y luego escupió con desprecio sobre las delicadas zapatillas amarillas que este calzaba. —¿Y llamarme Oso de Macedonia te parece un halago?

La mirada de Peucestas se movió de un lado a otro en busca de ayuda. No la encontró. Sus guardias permanecían firmes, con la vista al frente, como si no estuviera ocurriendo nada fuera de lo normal y su sátrapa no estuviera siendo humillado delante de todos los presentes.

—Alejandro era el león de Macedonia —respondió con voz insegura—. He pensado que «oso» sería un título apropiado para ti.

—El cíclope resinado de Macedonia, tal vez. O simplemente el cabrón resinado, que es como me llama la mayoría de mis hombres. Pero no intentes adularme con esas grandilocuencias de poeta cuando los dos sabemos que yo soy un macedonio que habla claro y que tú has olvidado quién eres. Y ahora ven conmigo. —Y, sin darle a Peucestas la oportunidad de protestar, tiró del cuello emperifollado de su túnica y lo arrastró hacia las puertas dobles abiertas al fondo de la terraza, que conducían al salón de los jardines reales, donde en otro tiempo el rey de reyes había disfrutado de sus momentos de ocio.

—¡Padre! —gritó Demetrio mientras iba tras ellos—. ¡Ya basta! Pero Antígono no estaba dispuesto a que nadie lo frenara.

—Ya decidiré yo cuándo basta. Tú quédate ahí.

Nada más entrar en la estancia, empujó a Peucestas sobre un diván.

—¿De verdad pensabas que toda esa parodia iba a impresionarme?

Peucestas alzó la vista. El estupor inicial se había transformado en un resentimiento ardiente.

—Mi dignidad, Antígono, ha quedado gravemente dañada.

—Tu dignidad desapareció el día que te pusiste los primeros pantalones. Tu dignidad brillaba por su ausencia cuando me entregaste a Eumenes para conservar Persia. ¿Qué crees que pensaron tus hombres cuando les ordenaste abandonar el campo de batalla en Paraitacene? Sí, me alegró que llegáramos a un acuerdo, pero no disfruté ni un instante tratando con un traidor codicioso como tú. Y cualquier respeto que pudiera quedarme por los viejos tiempos se esfumó en cuanto vi lo que realmente eras. Si te quedara algo de dignidad, tus guardias habrían acudido en tu ayuda. Pero no lo han hecho. Se han quedado ahí plantados, sin mover un dedo. ¿Sabes por qué? Porque saben que tengo razón. Porque ellos también ven lo que eres. Así que tienes dos opciones: o nos ofreces una representación entretenida de *Los persas*, de Esquilo, ya que vienes disfrazado de Jerjes, o vas a cambiarte este ridículo disfraz y te pones algo propio de una persona civilizada antes de invitarme al que, me temo, será un banquete tan extravagante como innecesario.

Y salió sin esperar respuesta.

—¿Mejor? —preguntó Demetrio cuando Antígono volvió a la terraza.

—No.

—Entonces ¿para qué someter al pobre hombre a semejante humillación?

—Porque cuando alguien hace el ridículo de esa manera también me hace quedar en ridículo a mí si aparento aprobarlo.

—¿Y por «aparentar aprobarlo» entiendes no abofetearlo delante de todo el mundo?

—Bastante suerte ha tenido con que me haya limitado a tirarle la tiara al suelo. Ya me parecieron una mala señal esas barbas después de Paraitacene, aunque al menos entonces llevaba uniforme macedonio, por mucho que escondiera unos pantalones debajo. Pero lo que acabo de ver es intolerable en cualquier macedonio y más aún en un sátrapa. ¡Y encima en un sátrapa al que yo mismo he confir-

mado en el cargo! Si quisiera tener a un persa gobernando Persia, habría nombrado a un persa. La idea de fusionar Oriente y Occidente fue el gran error de Alejandro. Debilita la sangre macedonia. Pero que los propios macedonios adopten voluntariamente las costumbres orientales es algo todavía peor: es degradante. Y acabará haciéndonos perder el respeto de todos.

—Creo que te equivocas, padre. Si queremos conservar Oriente y beneficiarnos de su riqueza, tenemos que gobernar con ellos, no limitarnos a mandar.

—Y gobernamos con ellos. ¿Por qué crees que nombré a Orontes, un persa, nuevo sátrapa de Partia? ¿O que confirmé en sus cargos a tantos gobernantes orientales? No soy idiota. Lo que digo es que debemos seguir siendo distintos. Aquí hay muchísimos más orientales que macedonios. Si Peucestas marca el camino, acabarán absorbiéndonos. Hoy simplemente he dejado claro lo que yo, «el oso de Macedonia»... —se interrumpió para soltar un bufido burlón ante semejante título—, pienso de aquellos que reniegan de quiénes son. Si permitimos que eso ocurra, el Imperio macedonio no sobrevivirá. Acabaremos convertidos en una cultura mestiza. Mira a Seleuco. Ha conservado a su esposa persa y ya tiene con ella tres hijos mestizos. Ya ha empezado. Y no debemos permitir que llegue más lejos. —Paseó la mirada por la terraza—. Supongo que alguien sabrá dónde nos alojamos. Te veré en el banquete. —Y se alejó a grandes zancadas. Demetrio se quedó observándolo en silencio, sumido en sus pensamientos.

El banquete resultó ser exactamente lo que Antígono había esperado: algo remilgado hasta la exasperación. La rígida etiqueta de la nobleza persa ahogaba cualquier comportamiento que, en su opinión, debía acompañar a una buena comida y a abundante vino. En algún rincón del salón, ocultos a la vista, unos músicos tañían instrumentos cuyo sonido le recordaba el último lamento de un animal herido que suplicara que lo remataran de una vez. Las conversaciones avanzaban con esfuerzo. Peucestas, ahora vestido a la manera macedonia, se desvivía por impresionar a su invitado, pero al mismo tiempo parecía preocupado por lo que pensarían sus nobles persas si la velada degeneraba en una auténtica celebración macedonia, con bebida, alardes y voces altas. Y fue precisamente aquella incomodi-

dad de Peucestas, aquella necesidad constante de acomodarse a la sensibilidad de un pueblo conquistado, lo que llevó a Antígono a tomar una decisión sobre su futuro. Una decisión que la propia comida reforzó: platos minúsculos, delicados hasta el absurdo, sin nada de sustancia a lo que poder hincarle el diente.

—¿Y qué se supone que debo hacer con esto? —preguntó Antígono, levantando un diminuto pájaro abierto en canal y cubierto de una especia de color rojo oscuro.

—Es una codorniz asada con zumaque —respondió Peucestas mientras se limpiaba las yemas de los dedos con una esponja húmeda traída del mar. Había abandonado la ropa persa, pero no sus modales orientales ni tampoco la barba persa—. Tienes que desprender la carne de los huesos y comértela.

—Parece demasiado trabajo para tan poca recompensa —refunfuñó Antígono, lanzando la codorniz por encima del hombro antes de inspeccionar los platos dispuestos ante él en busca de algo capaz de saciar un apetito de verdad—. ¿Y eso qué es? —Señaló una pieza alargada, parecida a una salchicha, cubierta de pequeñas semillas blanquecinas.

—Lomo de cerdo cocinado con miel y rebozado en sésamo. Está delicioso, sobre todo acompañado de arroz con agua de rosas, almendras y albaricoques secos.

Antígono gruñó de nuevo, agarró el lomo entero, le dio un mordisco y empezó a masticar con entusiasmo. Teutamo y Pitan, reclinados en los divanes junto a él, soltaron una carcajada y se apresuraron a echar mano de grandes trozos de carne.

Los nobles persas situados en las cercanías apartaron la mirada y se pusieron a murmurar entre ellos.

—Mmm..., pues no está mal —dijo Antígono. Y lanzó el trozo de carne mordisqueado a Demetrio al otro lado de la mesa—. Pruébalo.

Demetrio lo atrapó con una mano, lo dejó en su plato y se dispuso a cortarlo con un cuchillo, lo que arrancó algunos murmullos de aprobación entre los persas presentes. Aun así, seguían evitando mirar a Antígono, que ahora se dedicaba a chuparse la miel de los dedos, uno por uno, con sonoros chasquidos al sacar cada dedo de la boca.

—¿Y no tenéis algo más sustancioso? Un ciervo entero asado, un jabalí... —preguntó Antígono, alzando la voz para que lo oyeran los

doscientos comensales de la sala—. Empiezo a estar hasta los cojones de tanto comistraje.

—Esos «comistrajes», como tú los llamas —intervino un persa de la mesa contigua, poniéndose en pie—, son algunos de los mejores platos que conoce el mundo. Que no sepas apreciarlos dice más de ti que de la comida.

La sala entera quedó en silencio mientras el persa permanecía de pie, sosteniendo la mirada de Antígono.

Antígono sonrió. No era una sonrisa agradable.

—Vaya, vaya. Un oriental con agallas. Demetrio, toma nota de la fecha y del lugar: cuando volvamos a casa nadie nos creerá. ¿Cómo te llamas?

El persa no se amilanó.

—Tespio. Mi familia era griega, de Lidia, pero llevamos generaciones viviendo en Persépolis. Puede que hayas venido aquí con la intención de insultarnos a nosotros y a nuestra cultura, pero sabemos que existen macedonios con algo de educación, hombres capaces de respetar nuestras costumbres. Peucestas es uno de ellos, y nos alegra tenerlo como sátrapa.

—Entonces me temo que voy a darte un disgusto. He decidido que Peucestas no es la persona adecuada para gobernar esta satrapía. Voy a relevarlo del cargo y nombraré a alguien con un poco más de autoridad.

Los ojos de Peucestas se abrieron de par en par.

—¡Pero me lo prometiste!

—Lo sé. Pero he cambiado de opinión.

—Nos resultaría difícil respaldar a cualquier otro sátrapa —dijo el persa, colocándose junto a Peucestas.

—¿Ah, sí, Tespio? —Antígono levantó una mano—. ¡Guardias! —Media docena de hombres acudieron desde las puertas dobles de la sala, donde habían permanecido apostados. Antígono señaló al persa—. Teutamio, llévate a este hombre y ejecútalo.

Tespio se quedó mirando a Antígono con horror mientras Teutamio se encogía de hombros y se incorporaba de su diván.

—No puedes hacer eso.

—¿Y por qué no? Acabas de decir que no crees poder apoyar a otro sátrapa. Eso te convierte en un traidor, y como oso de Macedonia tengo la obligación de mantener el orden por aquí. —Antígono se puso en pie y recorrió la sala con la mirada—. ¿Hay alguien

más que piense que no podrá servir al sátrapa que yo nombre, sea quien sea? ¿Alguien que prefiera acompañar a Tespio?

Nadie se apresuró a solidarizarse con el desdichado Tespio, a quien Teutamo y los guardias ya arrastraban hacia la salida.

—Bien. Pues asunto resuelto.

Peucestas seguía mirando a Antígono con expresión suplicante, tan absorto en su propia desgracia que parecía haber olvidado el destino de su leal partidario.

—Antígono, me prometiste que, si retiraba a mis hombres del campo de batalla en Paraitacene, conservaría Persia.

Antígono volvió a recostarse en su lecho y negó con la cabeza, como si le costara creer lo que estaba oyendo.

—Peucestas, uno pensaría que, a estas alturas, tendrías la astucia suficiente para comprender una cosa muy sencilla: un hombre que traiciona a sus amigos con la facilidad con que los traicionaste tú no merece confianza. Y las promesas hechas a alguien así tienen el mismo valor que el aire. ¿No? ¿No se te había ocurrido? Qué decepción. —Suspiró—. En fin, buscaré algo más adecuado para tus limitadas capacidades y tu vanidad desmesurada. ¿Qué te parecería el puesto de comandante supremo de Asia, en sustitución del pequeño griego astuto? Suena importante, ¿verdad?

—¡Me prometiste Persia!

—Comandante supremo de Asia es mucho más importante.

—Yo tenía entendido que ese cargo era para mí, Antígono —dijo una voz desde la entrada.

Antígono volvió la cabeza y vio a Peitón entrando en la sala.

Ah, excelente. Esta velada mejora por momentos.

—¡Peitón! Vaya, vaya... Esta noche los guardias no van a dar abasto. Me parece que voy a poder marchar hacia el oeste para ajustar cuentas con Seleuco antes de lo previsto.